

harto. No tiene las necesidades complicadas y múltiples del que procede de una raza que ha ido paso á paso pervirtiéndose y degenerando; pero que fué, en algún tiempo, afortunada y próspera.

Por los cerebros de esos infelices, desmembrados vástagos de un árbol antes frondoso, ahora seco, anda la locura. Ya sus antepasados les dieron necesidades artificiales, pero siempre imperiosas, como es la de la morfina para la mujer acostumbrada á ella, y como es la del aguardiente para el ebrio. La satisfacción de esas necesidades se les impone fatalmente. Necesitan comprar un *jacquet*, como el indio necesita comprar una tortilla con chile verde ó un tamal; necesitan ir á las tandas, como su portero necesita una vela de cera para llevarla á la Villa; necesitan no parecer pobres, y como sus vicios les impiden ganar el dinero suficiente, como en la misma sangre de ellos va corriendo el veneno, apelan á medios criminales para satisfacer todas esas necesidades artificiales, que no por ser artificiales dejan de ser necesidades. Como el agua, buscan su nivel; quieren subir hasta la altura de donde bajaron; y ya está convertida en lodo la que fué agua limpia. Porque el lodo no sube; pero se acuerda de que fué agua.

Dan lástima estos hombres que ruedan en la escalera de la vida. Pero hasta su cinismo, como el de Nevraumont, es una manera, aunque torpe, de vestirse con elegancia moralmente. Treffel se viste de soldado; Nevraumont de hijo; Sousa de zapatero. Nada más Martínez se presenta desnudo para que le hagan la autopsia.

Y pidiendo perdón por haber hablado del proceso célebre—sabe Dios por qué—protestando olvidar hasta los nombres de los reos, quedo en espera de la compañía Roncoroni para ver crímenes en la escena y ensalzar á los criminales en la prensa.

EL SUICIDIO DE NEVRAUMONT.

La clase media tiene su espuma como el populacho; espuma grasosa y mal oliente que es preciso quitar con el cucharón de palo, como se quita la del puchero rebosante. La espuma del barrio, la hez que, removido el vaso de barro, sube en burbujas nauseabundas á la superficie, es más repugnante á la simple vista y al olfato que la espuma de la clase media; pero ésta contiene tantos gérmenes morbosos, tantos bacilos como aquella. Pasad á ciertas horas de la tarde—particularmente en sábado—por la puerta de alguna pulquería; espiad por las ventanas en la noche, el interior de los figones: en esos sitios se aglomeran los fermentos de las enfermedades sociales. Si pudiéramos encerrarlos en tubos, en redomas, en matraces, como se encierran para que el hombre de ciencia los estudie, los gérmenes de la viruela y de la tísia, de la fiebre puerperal y de la escarlatina, veríamos en nuestro laboratorio de bacterología psico-fisiológica, los microbios, los corpúsculos de vida, las inverosimilitudes de veneno que producen el robo, el asesinato y el suicidio. En un aeroscopio recogeríamos los gérmenes que pueblan la atmósfera y aislados, fecundando con ellos un líquido alcalino, según el procedimiento de cultivo, observaríamos cómo se reproducen, cómo la bacteridia se multiplica en proporción geométrica, y cómo el microbio inoculado al abuelo, ya es legión en la sangre del nieto delincuente.

El gran trabajo de la educación consiste en esterilizar esa sangre viciada, en aplicar á la cañería que nos comunica con los miasmas del albañal, una bujía Chamberland.

La espuma de la clase media—clase tan mal estudiada por nuestros pensadores y de la que han visto los novelistas coterráneos la faz ridícula y la línea caricaturesca—no pulula en tabernas hediondas ni en figones pringosos; comienza en los billares vergonzantes,

codeándose con el cóime; se enturbia en las trastiendas; gasta levita y grasa en la levita; suele copiar oficios con mano temblorosa por el alcoholismo en alguna oficina pública; á menudo entra al empeño, las más veces con prendas ajenas, mañosamente hurtadas á la madre viuda ó al tío que no la pasa mal; compra billetes de la lotería; rifa alhajitas falsas; va á la casa de juego á poner á una carta ó á alguna combinación de la ruleta las monedas que saca al novio de la hermana; en el garito, la toma al vértigo; si gana, corre á la casa de tolerancia, al tívoli de mala fama, á la ventila del teatro; si pierde, baja á la calle con ojos buscones, encandilados por la fiebre, para asaltar al primer desconocido que pasa, mintiéndole honradas miserias para pedirle una peseta; y en esa pendiente, untada de jabón, va descendiendo hasta ser traficante de carne de familia y llave falsa de la propia casa; hasta el cubil de la mujer con quien entronca, hasta el delito, hasta el banquillo, hasta el presidio, hasta el cadalso.

De esa espuma nació Nevraumont: espuma de puchero en cuyo fondo hay lonjas de buena carne, gajos de pollo, hilachas de sustancias nutritivas; pero espuma, al fin, que burbujea en la superficie, apesta, y que es preciso quitar con la cuchara de palo para echarla al caño. A él le ví una vez en la prisión de Ulúa. Su mirada forjada por un herrero tosco, dura y mellada por la suerte, me siguió largo trecho, sin penetrarme, porque no era aguda, pero sí terca é insistente. Tenía el brillo obscuro de la brasa humeante. A través de esa obscuridad caliente, aunque á la vista fría; en el fondo de aquellas cuencas; en las lejanías de esa existencia torcida por el brazo del vicio, me parecía ver retratados rostros pálidos, figuras espectrales; los brazos blancos de la madre, ya empezando á amarillear, en el instante de suspender al cuello de su hijo el escapulario de la virgen del Carmen; la almohadilla forrada de verde, y claveteada de agujas cuyas puntas tantas veces hirieron las yemas de pobrecitos dedos muy trabajadores; el tápalo negro para ir á misa; el rosario colgado en el respaldo del catre; la silla que rompió el hijo—el que sabía mucho, el que tenía muchos amigos malos—al volver borracho á casa. . . . un cuadro honesto de miseria arañado por el vicio que gatea. Atrás, más atrás, veía hombres de talento, hombres ricos, mujeres que asistían á bailes, jóvenes disipados, calaveras, que iban envenenando la sangre de la raza. Y frente á mí, el coeficiente de esas fuerzas, de esas aspiraciones nobles, de esos orgullos atávicos, de esos vicios crecidos que no pudo la mano femenina detener; la miseria irresignada que se rebeló y vestida ya con la infamante blusa azul del presidiario.

Ese infeliz había indudablemente leído algo, en desorden, sin reflexión y sin paciencia, novelas de aventuras, luego cuentos pornográficos, versos de Plaza, boletines de periódicos; ese hombre había

oído distantes voces que, saliendo de las raíces de la familia, le hablaban de dinero y de placeres; ese infeliz, degenerado por el vicio, aborrecía el trabajo, y estaba, por lo mismo, fuera de la única ley de redención. En esos cerebros se cristaliza la idea de sociedad en una forma monstruosa. La sociedad les parece la enemiga, la que les retiene sin justicia las monedas que necesitan para embriagarse, para pagar mujerzuelas, para jugar, para ser ricos, para ser lo que fueron seres á ellos vinculados en las generaciones anteriores. Les queda el hipo de la riqueza, y su boca hambrienta muere. Instintivamente huyen del trabajo como de una degradación. Prefieren perderse en la gran masa, en la gran podredumbre, en la canalla, como cerrando con su vida un círculo. Hombres de alas rotas, se arrastran sorbiendo por los poros del vientre las malas emanaciones de la tierra. Y al fin el líquido viscoso del pantano los pega á él, como prende una gota de goma las patas de una mosca. Dios no desaparece de esas conciencias; queda en ellas como cubierto con un vidrio grueso y verde. Al través de él míranle deforme ó como encubridor de la sociedad-fiera, ó como cómplice de ellos. Es un dios vuelto al revés; bueno, cuando el plan malvado se realiza sin obstáculo; malo, cuando el juez fulmina la sentencia. De nociones dispersas, de frases truncas, de plintos de ideas, se forman una religión para uso exclusivo de los criminales. El orgullo, como una copa de aceite, flota en la superficie del vaso nauseabundo. No son ellos comunmente el brazo del delito; pero sí la inteligencia cautelosa que lo coordina, y la lengua que azuza. No son el brazo, porque el ser degenerado es por naturaleza cobarde, no brutal; y tiene miedo al amigo, miedo á la madre, miedo al gendarme, miedo al juez, miedo á la muerte, miedo al infierno. Suponen que escondidos detrás de otro, no son vistos por nadie. Por eso buscan al irracional, al bruto, al macho. La naturaleza débil, pobre, enferma, gotea, como Lady Macbeth, su ponzoña, en la energía que ha de consumir el crimen.

En hombres así, cuando se les reduce al trabajo, cuando se les clava en el presidio, el suicidio es una consecuencia lógica, la última expresión de su cobardía, la única manera de evadirse que conciben. Carentes de tenacidad; repeliendo por naturaleza toda forma de trabajo; imaginando siempre que su nombre suena mucho, con vestigios de lecturas novelescas en la memoria, apelan al recurso teatral para morir. La religión y la superstición no les detienen, porque de toda religión y de toda ley social han suprimido la penalidad. La madre no les ataja, porque á la madre ya la han matado desde antes.

El criminal en bruto, raras veces se suicida. No razona su creencia ni la siente; pero es supersticioso. Y en algo sí cree, cree en el milagro; cree en la revolución que le va á abrir las puertas de la

cárcel; cree en el centinela que deja matar; cree en el clavo con que hace pacientemente un agujero en su mazmorra. Tiene miedo vago al infierno, porque el infierno es un pozo lleno de fuego. Quiere volver á abrazar á su madre, á «su vieja» á sus cachorros, porque ninguno de estos seres se avergüenza de él y han de llevarle el jarro de pulque, la canasta con frutas, el escapulario bendito. Para él, que se ha embriagado al son de la guitarra en los *velorios*, la *Capilla* no tiene el pavoroso aspecto que tiene para otros. Es el último velorio. Ya que no le ha sido posible quedarse en este mundo, robando y matando gente, se irá al cielo. Saboreá con apetito la última comida, el último desayuno, el último cigarro. Puede ser que no lo maten. . . . puede ser que se fugue en el camino. . . . ¡se dan casos!

Y si lo fusilan, ¡al cabo había de morirse alguna vez! La vida del pobre es mala y arrastrada. También á su compadre lo mataron. . . .!

En Belén, en Ulúa, en el patio de la prisión, en el calabozo, se divierte. Está en su medio: sale de la canalla suelta y entra en la canalla enjaulada, pero siempre en la canalla. No hay en él instintos heredados, que, siquier á ratos, le hagan ver con repugnancia la podredumbre hambrienta de esos sitios. Tampoco siente ese odio invencible al trabajo. Este le es antipático, pero no aborrecible. Y él es el indio casi irracional, el ser impulsivo, el que muerde cuando le pegan muy recio, y solo gruñe cuando le apalean y azotan sistemadamente.

Para recurrir al suicidio se requiere ser, en los más casos, de la casta de criminales á que Nevraumont perteneció. Treffel no se matará: de raza más vigorosa y más apta, perseguirá tenaz y sigilosamente algún proyecto de evasión. Y más dúctil también, ajustará su vida al medio en que hoy está, procurando utilizarlo. Nevraumont había caído *come corpo morto cade*. Era la copa ya vacía. Una racha de viento la volcó, y la hez postrera, negada antes al fondo, fué á perderse en las salobres ondas del mar.

HECHICERA Y HECHIZADOR.

La galantería francesa acaba de cometer un acto de injusticia, condenando á Gabriela Bompard á veinte años de trabajos forzados. Eso es injusto, muy injusto; merecía que la ahorcaran.

Eyraud va á sufrir la pena de muerte. Y ese pobre hombre no ha sido más que una víctima de la desvergonzada mujerzuela, que por vestirse de pieles no hizo ascos á la piel humana. En resúmen, lo que hizo Eyraud fué comprar á la Gabriela un vestido de piel de Gouffé, que él va á pagar con su pellejo.

Yo disculpo á ese canalla que ni siquiera es un gran criminal. Lo considero incapaz de sentir el placer del crimen. Un hombre que mata porque le gusta la sangre, es más disculpable que el que mata porque le gusta el dinero. En Eyraud todo es bajo: sale del alcohol, del fangó, de las enaguas sucias. Dobla el cuerpo de Gouffé, y lo mete, arrugado y hediondo en la maleta, de igual modo que dobla y guarda la camisa usada. Asesina por llevar un trapo á esa pérdida y por beber algunas copas de cognac. No es hermosamente malvado; no es artista, no es inventor ni original como homicida. Se le debe pinchar, como á pingajo, con el gancho del traperero. Su cabeza estará mejor en el canasto de la basura que en el cesto de la guillotina.

Pero ese hombre enlodado; ese hombre cuyo ser moral sale del proceso, como salen de la atarjea los que limpian albañales; ese huérfano de la vergüenza, á quien mató al nacer, tiene una disculpa en su favor: amó á Gabriela.

Me horroriza haber estampado esta verdad asquerosa. . . . pero, es verdad. . . . Amó á Gabriela! La vendía, la entregaba, se prostituía con ella; pero la vendía para comprarla; la entregaba para que no se le fuera; se prostituía con ella para hacerse amar de esa

prostituida. ¿Y esto es amor? A primera vista repugna llamarlo así. Es como si á un sapo lo llamáramos Romero. Pero es amor, es amor en el sentido bestial de la palabra. Así aman los cerdos en la pira. Poco importaba á Eyraud que esa mujer perteneciera á todos, con tal que entre esos todos estuviera él. Se habían confundido esos dos cuerpos en una misma inmundicia y tenían el color del mismo estercolero. Iban, no abrazados voluptuosamente como Paolo y Francesca, sino abrazados brutalmente, á veces como quien besa y á veces como quien muerde, por los círculos tabernosos de su infierno.

Ya había consentido él en que ella no tuviera vergüenza, con tal de que toda su desvergüenza fuera suya, á ratos. Ya habían celebrado un pacto para robar juntos y gastar lo robado en compañía. Pero con esta cláusula: Gabriela robaba para sí, y en circunstancias apretadas para él: Eyraud robaba siempre para ella, y á veces para él.

Repito que da asco llamar amor á este ayuntarse de dos enamorados impudores. Pero no hay otra palabra que exprese la invencible tendencia de un ser á otro ser.

Véamos ahora cuál de esos dos amores tuvo un minuto de ser amor, dentro del mismo fango. Cuando Eyraud mata á Gouffé obedece á su hembra, la complace, le lleva el puñado de monedas que le pide y le entrega su vida. Es un monstruo; pero es un monstruo que monstruosamente quiere.... me resisto siempre á decir amar.... Eyraud comete un homicidio por Gabriela. Gabriela no fué capaz siquiera de callar para salvar al hombre á quien había perdido. De ese bellaco hizo ella un asesino. Y cuando él no tenía ya nada que darle, tiró su cabeza al canasto, como se tira un sombrero viejo al cajón de la basura. No obró por celos; no por arrepentimiento, ni por venganza. Quiso exhibir su desfachatez y su descaro en el banquillo de la justicia, como antes lo había exhibido en la butaca del teatro.

¿Cómo ha de tener excusa esa mujer? Por mujer, le perdonan la vida los jurados. Y porque pertenece al sexo femenino, porque es hembra, la considero más culpable. No habría pedido la pena de muerte para ella, porque no la pido para nadie: pero sí habría demandado que se le impusiera, cuando menos, pena igual á la de Eyraud. Este fué su perro de presa; ella, la que le dijo: Sús! á él!

¿Cuándo fué mujer, verdaderamente mujer, esa Gabriela? Toda mujer agradece que la amen ó que la soliciten, á menos que odie á quien la solicita. Gabriela no odiaba á Gouffé. Lo cita, lo llama, lo ve llegar convulso de pasión, y en los momentos en que toda mujer es mujer, ella es hiena. Todo lo ha preparado, como haciendo un guiso. Ya está la salsa, y solo falta el pavo para torcerle el pescuezo. Lava ella sus brazos para que sea más corredizo el nudo.

En el momento oportuno, llama al mozo—á su amante—para que la ayude; y luego vuelve á lavarse, con absoluta naturalidad, como la mujer que vuelve de hacer en la cocina una *ommelette soufflé*. Ni siquiera es supersticiosa esa mujer, como lo son generalmente las mujeres; ni siquiera es cobarde. Duerme cerca del cadáver como cerca de un ébrio. Y luego ayuda á plegarlo en tres dobleces, lo ata y lía como si fuera almohada, hace con su cabeza lo que haría con una *capota* para hacerla caber en la sombrerera; cierra la maleta, y marcha al paradero del ferrocarril cantando coplas de la última opereta.

¿Esto es mujer? Cuando más me ha repugnado es cuando la he visto desde aquí sonreír y hacer la comedia en el jurado. ¡Engañando hasta el fin, para ser consecuente consigo misma! ¡Siempre novelera, siempre usando de embustes y trapacerías, siempre en busca de aplausos y miradas! ¿A qué apeló? A decir que había sido hipnotizada, y que durante la hipnosis Eyraud le sugirió la idea del crimen. Casi, casi, intenta presentarse como una víctima de la ciencia ó como una sensitiva.

Por supuesto que en este asunto hay un hipnotizado; pero el hipnotizado es Eyraud. Todos cual más, cual menos, estamos hipnotizados por alguno ó por algunos, y, sobre todo, por alguna ó por algunas. No es nuevo que hagamos muchas veces la voluntad ajena, ni necesito decirlo en griego para que lo crean; así como las cocineras no necesitan conocer la ley económica de la oferta y la demanda, para saber que cuando en el mercado hay muchos chicharos, los chicharos valen menos. Todo hombre enamorado es un fenómeno de hipnotismo. Todo hombre nace con la *sugestión* de conseguir dinero. Los honrados trabajan, y los pícaros roban. Y como Eyraud es un miserable, y como quería á Gabriela bestialmente, cuando ésta le pedía dinero, él lo robaba. Hubo un momento en que para robarlo necesitó matar, y asesinó.

¡Medrados quedaríamos con esta irresponsabilidad de los criminales, que, en defensa de la Bompard, ha proclamado la escuela de Naccy! Esa doctrina debe haber sido sugerida por algún criminal. Pero si un hombre sugiere á otro que cometa un crimen, la sociedad sugiere á los jueces que castiguen á ambos criminales.

En todo caso, como ya lo dije, si en este caso hay un hipnotizado, naturalmente hipnotizado, ese es Eyraud. El tiene una disculpa: amó á su modo, como el bruto. Su hembra nunca amó.

PUESTAS DE SOL

¿Habeis visto la puesta del sol en las últimas tardes? Necesitaría el colorido hermoso y caliente de Eugenio Fromentin para describirla. Necesitaría palabras color de fuego, palabras color de ámbar, palabras color de oro. Necesitaría que unas frases resplandecieran é irradiaran; y que ocultas en otras, como fronda murmurante, cantaran las ideas á semejanza de los pájaros á la caída de la tarde.

El sol, como los grandes trágicos, sabe morir de muchas maneras. Lo he visto caer al Océano . . . caer como un enorme escudo de oro arrojado por titán iracundo, desde la cúspide más alta. Lo he visto hundirse en esas mismas ondas con la augusta majestad de un Soberano. Expira, á veces, lánguido y despidiéndose de todos poco á poco, como un poeta enamorado y joven. Entonces el cielo es como un lago azul, y son las nubes como encajes blancos y como cendales amarillos que flotan sobre las olas adormidas. En otras tardes muere herido, desangrándose, en revuelto océano tinto en púrpura. A ocasiones se suicida, se echa al mar sin vacilación, en un instante. A ocasiones su agonía es lenta y tranquila. Suele morir contemplando amorosamente á la pálida luna que, vestida de blanco, sube por el cielo, y suele morir también como corrido, como escondiéndose en los montes, para no ver los gigantes negros que, con espada de relámpago, trepan, rugiendo, por Oriente. Son los titanes que van á robar el fuego del cielo: son sus enemigos!

Cuando le place, no permite que nadie lo vea expirar. Ciega al osado que clava en él la vista. Pero en estas tardes ha permitido que los mortales lo veamos; ha recogido sus rayos y los ha envuelto en una tela de goma opaca.

Miradlo: no parece que va á caer, sino que va á subir. Es un hermoso globo rojo cuyo hilo tiene algún niño príncipe en la terraza

del castillo. Pero, de repente, el gas de ese globo comienza á escaparse . . . el globo se desinfla poco á poco y cae lentamente sobre los árboles del bosque. ¡Ya va á llegar! ¡Ya va á enredarse entre las hojas! ¡Ya se quedó prendido y apagado y roto en las ramas de aquel ahuehuate! Las estrellas, que son muy inocentes y que se entretienen muchísimo con los globos de goma, sobre todo cuando son tan grandes como el sol, asómanse, anhelantes, y con los ojos de pestañas rubias, muy abiertos . . . pero ¡ya se rompió el globo; ya no está!

Pasead á esas horas por la calzada de la Reforma, si no podeis alejaros más de la ciudad. ¿No habeis observado cómo las ciudades marchan rumbo á Occidente? Porque las ciudades andan, emigran y hasta salen á mudar de aires. Y México, como todas las ciudades, camina hacia el Oeste: observadlo en París. Ha dos mil años, París estaba en la vertiente Noroeste de la montaña de Santa Genoveva, en donde todavía se miran hoy las *Thermas de Juliano*. Y ha ido bajando, siguiendo la misma ruta que el sol sigue en el cielo; llegó por fin al bosque de Bologne, y ya se extiende paulatinamente rumbo á Saint-Cloud. Y lo mismo han hecho Londres y San Petersburgo, Berlín y Viena, Lieja y Turín, todas las grandes ciudades modernas, así como lo hicieron las antiguas. Si quereis un ejemplo de la antigüedad, ahí está Pompeya.

¿Por qué esta marcha hacia Occidente? De París podría decirse que sigue el curso del Sena; pero el Támesis de Londres sigue precisamente un curso inverso. Más justo parece lo que dice Flammarión; que las ciudades son atraídas por la luz. La vida sigue al astro rey, al que es su padre. El la ha enseñado á caminar en cierta dirección, y ella, obediente, lo acompaña á donde va. Rumbo á Oriente quédanse los pobres, los tristes, los esclavos del trabajo, los que no ven más nubes que de las grandes chimeneas. Los ricos, los felices, los desocupados, los favorecidos de la suerte, van camino de Occidente. Porque son ricos, tienen títulos de nobleza y pertenecen á la corte del sol; lo van siguiendo. Allá, al Poniente, están los hermosos paseos, los sitios de recreo. La vida y la civilización caminan como guiadas por el sol.

México parece como irse desprendiendo y alejando del lugar en donde lo dejaron los conquistadores. Va para allá en donde presume, y con justicia, que debió de haber sido su asiento. Y rumbo al Poniente, la flor parece más hermosa, como vestida de paseo; el agua salta en chorros límpidos, como diciendo al aire que se muere de calor: ¡toma, refréscate!—La calle es más amplia significando que

es el cauce para un río humano ya más caudaloso; atrás se quedan los callejones tortuosos, los que se hicieron para los retablos, para los asaltos nocturnos, los que parecen embozados, los contruidos adrede para obligar á creer que los faroles de aceite ó las mechas alimentadas con grasa, alumbran de verdad: atrás se quedan esas casas que parecen prisiones, habitadas por enfermedades, las fachadas amarillentas de histeria, las puertas verdinegras que dan entrada á oscuros pasadizos, las azoteas que todavía están armadas de canales por horror al agua, por horror á la limpieza, ó por fingir que tienen carabinas y mosquetes y amenazan con ellos á los indios enemigos; atrás se queda la accesoría que parece A, una tortillera sentada en cuclillas, y la vivienda chaparra de un solo balcón que parece olla; y allá, por donde el sol pasea en las tardes, las casas, aunque no sean ricas, están bien vestidas de percal y muselina, pero de muse-linas y percales que respiran frescura; á sus azoteas sube el agua, para bajar presa en angostos tubos, á la tina del baño; en sus vidrieras hay persianas y en los barandales de sus balcones hay campanulas; el árbol, que cuandollega á viejo es viejo verde, se aproxima á esas muchachas, las corteja, y no piensa en buscar á las solteronas gordas y cacarizas del Oriente; la luz se despide más tarde de esas salas en donde prolonga su visita porque está muy á gusto y . . . ¡para allá la civilización, para allá va la luz, para allá va la vida!

¡Cómo brotan casas en esa Calzada de la Reforma! ¡Cómo va dejando la ciudad á los pobres, parecida á la dama elegante que percibe un olor y recoge su falda de seda y sale aprisa de la iglesia. La lechuga vive en la Merced, la flor en San Cosme: lo que en los barrios del Oriente es canasta, es cesto en los del Poniente. Pronto, sin duda, México se unirá á Tacubaya, que lo espera como una novia espera al novio, con prendido de flores y con una rosa en el corpiño. Ya no sólo van los carruajes elegantes, camino del Oeste; también se van las estatuas, se va el arte, como huyendo de la Academia de San Carlos, que está muy al Oriente . . . ; pero muy al Oriente!

Id á disfrutar de estas hermosas puestas de sol en la Reforma, ó id de mañana, cuando el calor no habla aún en voz alta. En la mañana los alemanes, los franceses, los yankees, son los que más frecuentan la Calzada. Allá va el comerciante en su caballo, haciendo provisión de oxígeno para no asfixiarse en la obscuridad del almacén.

Allá va el diplomático en su faeton ó en su *buggy* de ruedas coloradas. Allá va la amazona con su largo vestido negro ó gris y su lazo de seda azul en el sombrero . . . El noble perro de casa rica, con su collar y su cadena de luciente acero . . . Las que vuelven de la alberca, frescas, risueñas, con el pelo suelto . . . La Miss recién llegada, con su enorme ramo de botones de rosa sobre el pecho . . . Un viejo inglés leyendo en una banca su periódico . . . Y en medio de la calzada el carro que lleva un gran barril acostado,

porque se bebió á sí mismo y está ebrio, dando un baño de regadera á la reseca tierra.

Por las tardes, esa pequeña faja trazada por el café de Zepeda, parece como desprendida de parisiense boulevard. Los últimos rayos del sol, como tomando las últimas copas para irse á dormir de buen humor, se disputan los vasos, y pagan, convirtiendo en topacio la cerveza, en oro el cognac, el absinto en esmeralda, y la grosella, la más inocente de las bebidas, en rubor.

¿Por qué no bajan las señoras de sus coches? ¿Por qué algunos hombres van solos en los suyos? ¿Van á que los veamos? No queremos ¿No tienen amigos? ¿Quiéren ir á solas con su vanidad? Si son poetas, soñadores, en busca de soledad y de silencio, que se vayan al bosque!

Y en los landós, en las duquesas, y victorias, pasa la hermosura envuelta en polvo de oro . . . Hasta que el globo rojo del sol queda enredado entre las ramas de los ahuehuetes, y las pupilas se apagan y los focos de luz eléctrica se encienden.

EL CZAR ESTÁ PÁLIDO.

Aceptando por buena la antigua definición de tragedia, podríamos bien decir que la tragedia más perfecta es la que hoy se está representando en el mundo. El infortunio de los reyes es epidémico, igualmente que la *grippe*. Todo el antiguo régimen tose, estornuda y se queja de dolor en los huesos. Unos aseguran que el Papa ha muerto; otros dicen que vive, pero, en todo caso, ya se duda de la existencia real y positiva del Pontífice. Don Pedro del Brasil—el noble y generoso anciano que pensó haber vencido por amor—anda expulsado de la casa en que vivía y hospedándose en otras casas que se están cayendo. Se teme que muera la reina Victoria, y si creemos todavía que vive, es porque ya hace muchos años que lo están diciendo. Pero en realidad el vivo es Gladstone. El Czar de Rusia se pasea en coche, muy pálido, como el Miedo coronado. Cuentan que está loco. Un niño reina en España: por manera que allí la monarquía necesita encerrarse en la alcoba para que el aire no le dé. El más vigoroso de los reyes es el joven Guillermo, de Alemania. Pero Guillermo el rey, monta á caballo muy á menudo y del caballo puede uno caerse. En el trono de Austria aparece un padre infeliz que ya casi está muerto. En Portugal expira el soberano y su heredero llega con temor y susto, en medio de las complicaciones más enmarañadas. La democracia sube en Italia como invencible marea. En Oriente todo se pudre, todo se disuelve. Y como manadas de lobos hambrientos, ya vecinas, rugen, al rededor de los cadáveres disyectos, los nihilistas, los socialistas, los apóstoles frenéticos del desquite universal.

En pocos años ¡cuántos dramas en los regios alcázares! Reyes suicidas, reyes dementes, reyes prófugos; éste que rinde el último aliento en la flor de la juventud; ese que en una noche de luna se

echa al río; aquel que ciñe á sus sienes la corona en el postrer estertor de la agonía; un Werther que se arranca la vida por amor cuando iba á ser el soberano; un autócrata, un semidios asesinado; Hamlet paseando melancólico por la plataforma de Elsenor, viendo el fantasma de su padre muerto; brillo de puñales; desaparición brusca de personajes que se hundan; el festín de los reyes terminando entre carcajadas y entre besos, y una Borgia vestida de negro que abre de súbito la puerta y que les dice: «¡Todos estais envenenados!»

Muy melancólico y muy bello es el libro de Daudet los «Reyes en el Destierro.» Allí aparecen, enfermos unos, degradados otros, dignos pocos, tristes todos; esos viejos actores que representaron antes con aplauso una comedia que no gusta ya, la comedia del derecho divino. El galán joven, ya muy viejo y mal vestido, pide dinero prestado á sus antiguos compañeros. . . . ó se los roba cuando puede. El *barba*, más precavido y más prudente, ahorró algunos cuartos y los presta en la plaza al doce y medio por ciento á la semana. La dama—¡pobre ex-hermosa!—vende hasta el anillo de oro que le dió su primero y tímido amante; hasta las coronas de plata que arrojó á sus pies el entusiasmo del público en noches inolvidables para ella. . . . ¡Y todos ellos representaron papeles de reyes y de príncipes; pero se cerró el teatro; ya están viejos. . . . y ahora no gustan las comedias de capa y espada. . . . Canta la Theo y el público se va á la ópera bufa!

Podría escribirse sin embargo, un libro más trágico que el de Alfonso Daudet. En menos de un cuarto de siglo, desde que el archiduque de Austria muere en nuestro Cerro de las Campanas hasta que Don Pedro del Brasil sale desterrado de su reino, ¡qué terribles escenas en las cortes! ¡Ah! aquella «Gran Duquesa,» aquella desvergonzada que hacía reír, en París, á casi todos los soberanos europeos, mientras Bismarck gruñía en Berlín, aquella cínica y descocada bailarina, iba á pisotear muchas coronas! A poco, enloquece Carlota; Napoleón el último rinde su espada humildemente; su hijo perece en trágica aventura; múdase el Papa de Europa y llega para los reyes todos la hora de morir. ¿Por quién doblan esas campanas? Por vosotros.

Un gran poeta, un gran poeta como Shakespeare, podía simbolizar, en figura gigantesca, esta vejez, esta decrepitud, esta agonía de la reyes. Pero ¡Qué digo! ya la simbolizó Shakespeare en el *¡Rey Lear!* Todos los reyes modernos están en el *¡Rey Lear!* Allí va abrumado de años, de fatigas, de experiencia, de dolores; en mitad de la noche, perdido en bosque espeso é intrincado; desnudo casi, con las carnes desgarradas por las zarzas; azotado por las violentas ráfagas del viento, por las rachas de la lluvia, por el granizo, por la nieve; allá va solo y encorvado, buscando para guarecerse la ca-

verna del lobo ó la madriguera del leopardo; allá va en busca de una Cordelia que no existe, porque Cordelia era la fidelidad y la fidelidad murió de frío!

¡Cuánto más cautos y felices los que, como ese duque de Aosta que acaba de morir, cercado de cariños, supieron arrojar desdeñosamente la corona por el balcón de sus palacios! Amadeo, como el archiduque Maximiliano, pensó que iba en caballeresca aventura, á despertar á una princesa encantada. Pero Amadeo vió que lo habían engañado; que las leyendas son leyendas y que la fantástica princesa era una manola que abría ya la navaja para herirlo. . . . y entonces, con menosprecio y noblemente, tiró la corona para que la levantara el que quisiera.

Y es buen ejemplo el de Don Amadeo I de Saboya. El ex-emperador del Brasil escribía hace poco al cantante Stagno. *El reinado de usted ha durado más que el mío.* Y es verdad. La voz de un tenor dura hoy más que un imperio.

En Inglaterra la monarquía está muy vieja. En España está muy niña y los niños se mueren fácilmente. En Alemania puede morir de congestión. En Rusia va á morir de frío. . . . ya lo oísteis: ¡el Czar está muy pálido!

PERROLLAZ ESTÁ PÁLIDO.

Recuerdo haber escrito cierta vez un artículo titulado «El Czar está pálido.» Y no lo dije porque lo ví, sino porque el Sr. Lee-Kook que está, como Dios, en todas partes, lo había dicho.

Esa palidez preocupó mucho á las cancillerías europeas, de lo que infiero que la paz del viejo continente, depende de que el Czar esté muy colorado.

Ahora bien; la paz de las familias en las presentes circunstancias depende, á mi entender, de que el Sr. Perrollaz esté ó no pálido.

Hay quien crea que la rifa zoológica está subvencionada por Guatemala con el fin de que pase inadvertido el conflicto centroamericano. Y con efecto, nadie se preocupa de que haya salido el General Menéndez del poder y de este mundo. Lo que nos interesa es saber si mañana saldrá *pato*. Los animales siguen teniendo muchos partidarios.

El rey de los animales—dígolo sin mal fin—no es el león, como habían convenido nuestros padres. No, señor, es Perrollaz. Este buen amigo mío, que ya no va pareciéndome tan bueno desde que se niega á confiarme sus secretos, es hoy por hoy el verdadero autócrata de México. Hemos tenido tres imperios; el de Iturbide, el de Maximiliano, el de Perrollaz. Y dos intervenciones funestas: la de los franceses y la de los animales. Su Majestad Perrollaz se apoya no en las bayonetas pero sí en el número: en los brutos. Y cuando quiere, vuela, y cuando quiere, nada; y cuando se le antoja anda en cuatro patas. El hace los peces que nadan en el aire y las aves que vuelan en las aguas.

Nosotros, fatigados al fin ¡gracias á Dios! de luchas y banderías políticas, hemos dado á nuestra actividad incurable empleo, más noble en las partidas zoológicas beligerantes. Ya no hay juaristas, ni

lerdistas ni imperialistas: ahora hay patistas, gatistas y perristas. No queremos que salga tal ó cual presidente, sino este ó ese animal. Hay personas que darían la vida por un pavo.

En esta revolución no corre sangre, no! Ya lo hemos dicho en prosa—creo que ya lo dije en verso—que el acero de las espadas se había convertido en rieles de ferrocarril. Y ustedes se convencerán de que eso es cierto, si observan lo delgaduchos y frágiles que están los *rails* de muchas líneas férreas. A esta innovación en el uso del acero, debía corresponder otra en el uso de la sangre. Hoy la sangre ya no se usa: lo que se usa es la plata, y ésta es la que está corriendo á mares en la guerra zoológica.

Ni la de tres años ha causado más estragos que ésta de tres meses. Conozco á un individuo muy honrado, muy bueno, muy patriota, muy partidario del conejo, que ha sacrificado su haber y el porvenir de su familia, á la causa de ese nobilísimo animal. Eso se llama ser leal, abnegado y útil á la patria.

Hay personas también que llevan setenta y nueve días de estar derramando su sangre, ó sea su plata, por sacar de la cárcel en que están encerrados con notoria injusticia, al sabio pato y á la inocentísima serpiente. La caja de madera que verán ustedes en la Plaza de San Juan, es la bastilla moderna, es la bastilla de los animales.

¿Que el Sr. Pérez está en prisión, después de averiguada su inocencia? . . . ¡Bueno, pues esté! al cabo es muy hombre. Lo que nos importa es que no esté encerrado el elefante, que es muy animal. Y los esfuerzos denodados de la prensa, los del pueblo, los de México entero, tienden á ese fin.

Antes se preguntaba:—¿Qué santo es mañana?—Ahora se pregunta:—¿Qué animal saldrá mañana?—Antes le llevaba uno á su familia un pavo asado envuelto en papeles. Ahora se le lleva á la misma respetable y numerosa enemiga de nuestro reposo, un pape-lito que dice pavo, y que no tiene pavo adentro. Pasa lo que con el acero, lo que con la sangre; todo cambia: hoy no comemos pavos, pero compramos sus retratos. Ninguna intervención ha sido tan efectiva como esta. Y conste que no me atrevo á llamarla intervención extranjera, porque se trata de animales y no quiero ofender á la Sociedad protectora de los mismos. Esta intervención no solo ha revolucionado la República, sino también los hogares.

Un condiscípulo mío, que jamás ha estado en ninguna escuela ni en ningún colegio, aunque sí frecuenta otros malos lugares, se divorció ayer de su señora, por incompatibilidad zoológica. A él le gusta el gallo y á ella el toro; naturalmente han tenido que sostener, por principios políticos, una lucha encarnizada. Y como salió toro, el señor se ha indignado.

Los padres están en guerra con sus hijos; el burro abre un abismo infranqueable entre los hermanos, como en la época de Caín y

Abel; y hasta se ha dado el caso de que las suegras voten con los yernos á favor del gato.

Hemos tenido guerras internacionales y guerras civiles; hasta ahora tenemos, merced á la intervención de los animales, una guerra doméstica.

Y el Sr. Perrollaz es la causa de las causas, la que desconfiaron de encontrar Augusto Comte, Littré, Spencer y cien otros. Es el primer principio. Más atrevido que Hernán Cortés, conquistó á México con veinticinco animales. Se llevó él los tesoros de Cuahutemoc. Se ha encontrado la piedra filosofal en la cabeza de los mexicanos.

Nada de extraño tiene, en consecuencia, que todos lo persigan y lo busquen y lo admiren. El está en el secreto: sabe si al tercer día ha de resucitar el guajolote. Por la mañana—creo que á las siete en punto—escoge al animal que ha de hacernos animales á todos. Y en seguida . . . ¿qué sucede en seguida con el Sr. Perrollaz? Yo creo que desaparece, que se va al Paraíso en un carro de fuego como Elías, ó que se hunde por un escotillón como los personajes de las magias. Ví alguna vez en mi vida á Perrollaz. Pero creo que ya no volveré á verlo ni mucho menos á hablarle. Tal vez solo existe de siete á siete y media de la mañana y de seis á seis y cuarto de la tarde. Después se borra como si la humanidad fuera una pizarra, y él una cifra escrita en ella. Se encuentra á Saint-Saens, se encuentra á Eyraud, se encuentra á los que robaron á Brillanti, á los que robaron á Phillipp . . . no se encuentra á Perrollaz.

Cuando menos, debe de ser un troglodita, ó para hablar en cristiano, habitante de cavernas. Y hace bien. Si el Sr. Perrollaz tuviera forma corporal como nosotros y si pagara casa como nosotros, veríase en graves aprietos. No podría dormir, por temor de hablar en sueños revelando el nombre del animal que se propone encerrar al día siguiente. No podría contestar á su cocinera, sin inmutarse cuando ésta le preguntara si hacía costillas de carnero ó patas de puerco. ¡Borrego ó marrano! *That is the question!* Todos lo invitarían á comer, á tomar copas, con la esperanza de volverlo expansivo, hablador, agradecido. ¿Y amar . . . ? ¡Oh, qué difícil le sería amar!

—¡Una prueba! ¡Una sola prueba de cariño! ¿Es conejo ó es perro? He aquí el problema!

Hay, sin embargo, algunos mortales venturosos que han visto al Sr. Perrollaz, cuando no está oficiando. Y uno de ellos echó de ver que se había puesto pálido cuando álguien dijo:

—Hoy sale mariposa.

Y cuentan los testigos de la escena que, en efecto, el Sr. Perrollaz se puso pálido.

—¡A comprar mariposa!—se dijeron todos—¡y salió jaguar!

Aquí tienen ustedes por qué ya no creo ni en la mismísima palidez de Perrollaz.

Y conste que no lo llamo amigo mío, á pesar de que amigos hemos sido, y de que en mucho aprecio su talento. Desde el momento en que desconfía de mí, en que me oculta algo, aunque ese algo sea animal, y no me dice, en el seno de la amistad, lo que él sabe y á mí me interesa saber, ya no es mi amigo. Sin embargo, puede volver á serlo cuando guste.

EL CIELO ESTÁ MUY AZUL.

El cielo está implacablemente azul. Cuando sale uno del baño matinal, azotado por el chorro de agua fría que, á manera de látigo, nos azuza para que corramos, el calor aún tibio de la atmósfera, parece voluptuoso; la fersa limpidez de las capas superiores cautiva la mirada, y ese sol refulgente que parece salir de caza levantando nubes de polvo en su camino, semeja gallardo, altivo, triunfador. Ni una nube en las crestas de las montañas: los blancos rebaños que Eolo cuida, no aparecen. Ni franjas color de rosa ni cintas color de ambar en el horizonte. Todo azul.

Sin embargo, fijándonos un poco echamos de ver que ese azul está un tantico sucio. No se ha lavado todavía con agua fresca y para disimular el desaseo se ha puesto polvo de arroz en la cara. Es un azul deslabazado, que no ha dormido bien y conserva la fiebre del insomnio. Otras veces lo vemos profundo, intenso, enérgico. Ahora no: está desleído.

Como las almas, el cielo necesita la lucha para resplandecer. Si triunfa de las cerradas nublazones, de los negros nimbus, esplende. La calma prolongada le deja soñoliento, pálido. Alzo hoy los ojos para verle y se me figura que es un desierto. Ninguna caravana de árabes, envueltos en sus blancos alquiceles, cruza por esa extensión; no se presenta ningún camello amarillo y giboso en el horizonte; no se columbra al mercader que de Damasco viene con su mula cargada de telas color de escarlata, ni se presume que puede haber, en donde los montes lindan con el cielo, un oasis, una cisterna, un sitio húmedo y sombroso: no hay una sola nube en el espacio.

A medida que el día avanza, aumenta el calor. Caen sueños sobre la naturaleza. Las acacias que al soplo de la brisa ríen moviendo sus calados abanicos, están ahora inmóviles. El árbol no sacude